

CAPÍTULO II

CONTINUACIÓN DE LOS ELEMENTOS LÓGICOS DE LA ELOCUCIÓN

I

Idea de los sentimientos.

Los sentimientos son afectos y movimientos del corazón ocasionados por una impresión moral: se diferencian de las *pasiones* en que obran violentamente sobre la voluntad y tienden á arrastrarla, al paso que aquellos conmueven suavemente el ánimo, dejándole su tranquilidad y su libertad. También se distinguen de la *sensación*, por cuanto ésta es una modificación agradable ó desagradable ocasionada por una impresión corporal ú orgánica (1).

Los sentimientos son el alma de la elocuencia: porque se puede fácilmente desarrollar la verdad y comunicarla á los demás, lo cual es tan propio de la filosofía como de la elocuencia; pero excitar la sensibilidad, apoderarse del corazón, producir grandes emociones, sofocar unas pasiones y comunicar otras nuevas es obra exclusiva de la elocuencia, que ha sabido avivar los sentimientos.

Si el sol no tuviera más que luz sin calor, sería de todos modos el más hermoso adorno del universo, mas no sería su vida el principio de todas las hermosuras

(1) Véase lo que se dice en la sección 3.ª, parte 2.ª, lib. 1.

de la naturaleza. Del mismo modo, un discurso que no mueve el corazón ni le hace tomar grandes resoluciones, podrá ser ingenioso y abundante en bellezas, mas no será ciertamente un buen discurso. Es preciso llegar al corazón y hablar su propia lengua, y San Francisco de Sales ha dicho muy bien que sólo el corazón sabe hablar al corazón. ¡Feliz el que conoce este lenguaje, á cuyo contacto el corazón se abre á los grandes afectos, como la flor de la mañana á los rayos del sol para exhalar sus perfumes!

No se puede desconocer la influencia que sobre nuestras resoluciones ejercen los sentimientos; el insistir en probar esto, sería demostrar una verdad demasiado conocida; pero esa influencia dejará de ser saludable, cuando en ella no presida como señora la razón, porque los sentimientos buenos no son buenos sino cuando la razón los dirige y modera; abandonados á sí mismos, se exageran, se hacen malos.

Se ha dicho que los grandes pensamientos salen del corazón; también pudiera añadirse que del corazón salen grandes errores, grandes delirios, grandes crímenes. Del corazón sale todo: es una arpa soberbia que despide toda clase de sonidos; desde el horrendo estrépito de las cavernas infernales, hasta la más delicada armonía de las regiones celestes (1).

II

Cualidades esenciales de los sentimientos.

Bajo el punto de vista literario, los sentimientos, como los pensamientos, tienen cualidades *esenciales* ó *generales*, y *accidentales* ó *especiales*.

(1) Balmes, en *El Criterio*.

Las cualidades esenciales, son: La *verdad*, la *ternura* y la *naturalidad*; y las accidentales: la *delicadeza*, la *energía*, la *nobleza* y la *sublimidad*. Las primeras convienen á todos, y las segundas se aplican á diferentes géneros de sentimientos.

Verdad.—Un sentimiento es *verdadero* cuando no es fingido ni afectado; cuando parte del corazón y se dirige al corazón, como en este ejemplo: Presenciando la muerte de San Martín, sus discípulos le dijeron entristecidos: «¿Por qué nos desamparas, Padre Santo? ¿A quién nos dejas desconsolados?... Los lobos hambrientos darían en este rebaño; y perdido el pastor, ¿quién de sus dientes se podrá defender? Bien sabemos tus ansias por ver á Cristo; mas tu premio está seguro, y por dilatarse un poco no se disminuirá. Ten cuenta con nuestra necesidad, que quedamos en tan manifiesto peligro.» No pudo el Santo dejar de enternecerse al oír á sus discípulos, y volviendo los ojos con grande afecto al cielo, dijo: «¡Oh, Señor, si yo todavía soy necesario á tu pueblo, no huyo del trabajo; hágase tu santa voluntad (1)!»

Ternura.—Es la disposición del alma que la hace apta para sentir y conmovirse. Instando Noemi á Ruth para que se volviese á su país, ésta la respondió: «No te me opongas más para que te deje y me vaya; porque dondequiera que fueres, iré, y donde morases, yo también moraré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios será mi Dios. La tierra que te recibiere en tu muerte, en esa moriré, y allí tendré el lugar de mi sepulcro (2).»

Naturalidad.—El sentimiento es *natural* cuando conviene á la situación de la persona afectada ó cuando se cree que debe experimentarle. San Ignacio, mártir, ardiendo en deseos de sufrir el martirio, escribía á

(1) Vida de San Martín de Tours.

(2) Lib. de Ruth, 1.

los romanos: «Vuestra caridad y vuestra compasión pueden perjudicarme; á vosotros será fácil conseguir mi libertad; pero á mí, ¿me será posible llegar á Dios, si vuestra ternura no lo consiente hoy? Os suplico, pues, de nuevo, que no uséis conmigo de benevolencia. Permitid que me haga pasto de las fieras, y consiga por ellas á mi Dios.»

III

Cualidades accidentales de los sentimientos.

Delicadeza.—Esta cualidad se parece á la agudeza de los pensamientos; pero ésta da á entender más de lo que dice, y aquélla cubre los sentimientos con un velo para que produzcan mayor encanto. Después de haber hecho ver el profeta Nathan al rey David, por medio de una parábola, su ingratitud para con Dios, y lo inicuo de su conducta, David, lejos de excusarse, reconoce todas sus faltas en estas admirables palabras: «*Pecavi Domino*; pequé contra el Señor (1).» No puede menos de notarse la delicadeza de esta lacónica confesión, que deja entrever los diversos sentimientos de amargura y de dolor de que está poseído su corazón.

Energía.—Esta cualidad proviene de un alma en la cual los sentimientos se agolpan. San Pablo, escribiendo á los romanos (2), les dice: «¿Quién nos apartará del amor de Cristo? ¿Habrá tribulación, ó angustia, ó persecución, ó hambre, ó desnudez, ó peligro, ó cuchillo que para ello baste? Cierto estoy, que ni la muerte ni la vida.»

Nobleza.— El sentimiento *noble* nace de un alma

(1) Lib. II de los Reyes, cap. xii.

(2) Cap. viii.

hermosa y de un corazón magnánimo; una vez expresado, hace experimentar un placer acompañado de admiración. Acosado el anciano Eleázaro por sus cobardes amigos, mientras caminaba al suplicio, para que comiese de las viandas prohibidas por la ley, les decía, despreciando sus instancias: «Muriendo varonilmente, me mostraré digno de esta ancianidad. Y dejaré á los jóvenes un ejemplo de fortaleza (1).»

Sublimidad. — Un sentimiento es *sublime* cuando, conservando su verdad y naturalidad, se eleva sobre las fuerzas de la naturaleza humana; si le vemos expresado, excita el entusiasmo y transporta el alma á regiones adonde no se eleva en circunstancias comunes. Fortalecido con los consejos de su madre, dijo á sus verdugos el joven macabeo: «¿A quién esperáis? No obedezco al mandato del rey, sino al mandato de la ley que nos fué dada por Moisés (2).»

(1) Lib. II de los Macabeos, cap. vi.

(2) Idem, cap. vii.

CAPÍTULO III

CONTINUACIÓN DE LOS ELEMENTOS LÓGICOS DE LA ELOCUCIÓN

I

Idea de las imágenes.

La *imagen* es como el vestido de la idea, cuyo objeto hace sensible, si no lo es, ó más sensible, si no lo es bastante. El lenguaje humano se compone de imágenes; pero como la costumbre nos hace ya ligar á ciertas palabras la idea de objetos inmateriales ó que sólo tienen una existencia moral, en literatura se da el nombre de *imagen* á las expresiones y á los giros que pintan los objetos con colores más vivos que el lenguaje común.

La *imagen* no es un cuadro completo, ni una descripción acabada; no es más que una pincelada y dicho rápido, que deja á la imaginación el placer de contemplar el cuadro y de acabar el dibujo (1). Ejemplo: «Moisés toma en su mano la vara prodigiosa y la levanta en alto ó la extiende sobre el río para obrar aquellos prodigios que sacaron al pueblo hebreo del cautiverio.» Aquí, en las palabras «Moisés toma en su mano la vara», hay una imagen; un hombre que coge la vara es un objeto visible que se puede pintar.

(1) Sánchez Casado: *Prontuario de Retórica y Poesía*.

El objeto de la *imagen* es avivar la tención del oyente, al mismo tiempo que le hace concebir con mayor lucidez y experimentar más íntimamente los sentimientos.

No deben confundirse las imágenes con las metáforas, porque si el objeto de que se trata es material en sí mismo, las palabras que componen la expresión podrán estar tomadas en sentido propio. Tampoco toda expresión enérgica es una imagen. Una expresión puede ser muy enérgica, y, con todo, no formar imagen. «Anatema al poderoso, que corrompe ó compra las plumas y las conciencias»; he aquí una expresión muy enérgica, sin que forme imagen. Para que una expresión forme imagen es menester, generalmente, que no haya en ella palabra alguna que signifique ideas abstractas ni objetos invisibles.

Ya hemos consignado en otro lugar que la verdadera elocuencia pide á la fantasía y al corazón sus riquezas, pero no las emplea como adornos prestados; se los pide, ó mejor, los toma de la fantasía, porque es tan hija de ella como del entendimiento y el corazón; y porque todas las facultades del alma concurren á la formación del *pensamiento oratorio*, como el aire y el calor contribuyen al desarrollo de la semilla depositada en la tierra. Sentados estos antecedentes, se deduce naturalmente de ellos que las imágenes son tan inseparables de las ideas, y los afectos de unas y otras, cual lo es la facultad de pensar de la de imaginar y de sentir. Sin embargo, como las operaciones del alma pueden, ya que no dividirse, analizarse separadamente, estudiaremos las que por punto general se consideran como productos inmediatos de la imaginación, cual lo hemos hecho con las que se ha convenido en llamar hijas del entendimiento y del corazón, sin que al hacerlo pretendamos convertir en adorno del discurso lo que es una parte esencial del mismo.

Cualidades de las imágenes.

La imagen supone una semejanza y encierra una comparación, de cuya exactitud depende la transparencia de la misma. De esta semejanza nacen la *verdad*, la *claridad* y la *exactitud* de las imágenes, cualidades indispensables para que causen placer. Cuando el Doctor extático San Juan de la Cruz dice: «Las criaturas son como un rastro del paso de Dios», emplea una imagen que es *verdadera*, porque las criaturas son obra de Dios; es *clara*, porque no sólo se entiende desde luego, sino que hace comprender mejor el pensamiento; y por último, es *exacta*, porque el rastro es la señal del hombre, que camina, como las criaturas indican, la existencia de Dios, que les ha dado el ser.

Además de estas cualidades que han de reunir las imágenes, pueden ser: *sublimes*, *grandes*, *atrevidas*, *finas* ó *delicadas*, *graciosas*, *vivas*.

Sublimes.—Una *imagen* es *sublime* cuando representa objetos grandes de suyo, con rasgos tan extraordinarios, que nos llenan de admiración. Sublime y magnífica es la imagen que emplea Fray Luis de León al hablar de las maravillas de la creación: «Las nubes son tu carro, tus alados caballos son el viento.»

Grandes.—No han de tener esa grandeza precisamente que raya en lo gigantesco y que seduce por un instante y acaba por parecer falsa y ridícula, sino una grandeza relativa y proporcionada á la importancia de los asuntos que tratamos y al tono con que la hacemos. Sirva de ejemplo la que Bossuet usó al pintar la miseria de los ricos en el lecho de su agonía: «Entonces, dice, no queda sino la muerte y el pecado; todo lo de-

más se escapa, semejante al agua helada, cuyo vil cristal se derrite entre las manos, no haciendo más que mancharlas.»

Atrevidas.—Se llaman así, cuando se presentan los objetos con rasgos tan extraordinarios, que parecen traspasar los límites de la naturalidad, como éste: «Yo os daré una tierra por donde corren arroyos de leche y miel (1).»

Finas ó delicadas.—Estas consisten en sorprender la imaginación; y donde la novedad falta es imposible la sorpresa. Esta cualidad reúne la que usa el P. Eliseo, carmelita descalzo, en su oración fúnebre del Delfín, el cual, teniendo que decir que la Infanta de España su primera esposa había muerto al dar á luz su primogénito: «¡Ay de mí!, exclamó; esos lazos, que fortalecían más y más la inocencia de sus inclinaciones, duraron un solo instante; semejante á la flor que se agosta al dar su fruto, la primera prueba de su fecundidad es la señal de su muerte.»

Graciosas.—Esto es, que impresionen agradablemente, añadiendo esta cualidad á la belleza del pensamiento: tal es la que presenta Malon de Chaide, aludiendo al *Cantar de los Cantares*, al describir la diligencia de la Magdalena en buscar al Señor: «En el lecho y en la cama de mis contentos, de noche buscaba al que ama mi alma: busquéle, mas no le hallé.»

Vivas.—Llámanse así porque representan el objeto de tal modo, que parece que lo vemos, como está. «Levantó Moisés las manos á Jehová, y cesaron los truenos y relámpagos.» He aquí una viva pintura.

Las imágenes deben acomodarse al tono del discurso, y aunque no pueden darse reglas para hallar esos modos de expresarse, se procurará sacarlas del espectáculo de la naturaleza, como lo hicieron los grandes maestros

(1) Exodo, cap. III, v. 8.

del arte y los escritores inspirados del Antiguo y Nuevo Testamento.

Las imágenes deben usarse con discreción y sobriedad. Una imagen no conviene más que cuando sirve para hacer más sensible una idea, que no lo es bastante por sí misma, ó para embellecer una idea que merece serlo. En el primer caso recrea el espíritu, y en el segundo deleita la imaginación; pero fuera de estos casos, es inútil é importuna y el buen gusto la condena. La profusión de imágenes y el empleo de imágenes pomposas y brillantes para cubrir pensamientos triviales, constituye un defecto que se llama *relumbrón* y *oropel*, del cual adolecen muchas poesías de Góngora y de su escuela.

Cuadro sinóptico de los elementos lógicos de la elocución.

ELEMENTOS LÓGICOS	Pensamientos.	Cualidades...	Esenciales...	Verdad, exactitud, claridad.
			Accidentales.	Sencillez, naturalidad, agudeza, finura, gracia, novedad, solidez, valentía, energía, sublimidad y oportunidad.
	Sentimientos.	Cualidades...	Esenciales...	Verdad, ternura y naturalidad.
			Accidentales.	Delicadeza, energía, nobleza y sublimidad.
	Imágenes.	Cualidades...	Esenciales...	Verdad, claridad, exactitud.
			Accidentales.	Sublimes, grandes, atrevidas, delicadas, graciosas y vivas.